



Salvador Rueda

Estrellas errantes

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Salvador Rueda

Estrellas errantes

Lo que no muere

Cayó en tierra la lira
y estallaron sus cuerdas armoniosas;
las que en el arte admira
de Grecia y Roma nuestra ansiosa mente
bellezas ideales, 5
como granos de efímera simiente
cayeron en desiertos arenales.
«¡Profanación, profanación!», resuena
por donde el alma, ansiosa de armonías,
tiende la vista de terrores llena. 10
Los antiguos altares,
por angulosas manos sacudidos
desgranaron sus muros y sillares;
y ya en vez de las arpas elocuentes
llenas de fe de los pasados días, 15
dilatando su bárbaro estampido
en la fragua que informe se levanta,
golpeando en el hierro enrojecido
el tremendo martillo es el que canta.

¿Labra engendros o dioses? ¡Quién lo sabe! 20
De las tinieblas de la noche fría
a veces sale preludiando el ave;
pero está, rui señor la poésía,
mejor que junto al yunque que ennegrece
bebiendo luz en la región del día. 25

Cuando osado a la piedra arrebatava
el heleno cincel rayos brillantes
arrancando a lo informe la escultura,
de sus golpes el coro acompañaba,
como a tremenda lid himnos guerreros, 30
la lira que sublime resonaba
tocada por los Píndaros y Homeros.
Hoy que la estatua del moderno culto
labra el martillo sobre el yunque fuerte
y los clásicos moldes se quebrantan, 35

en el concierto que el horror entona,
¿quién coloca a la estatua su corona?,
¿qué Homeros y qué Píndaros la cantan?

La culta estrofa, de lo antiguo pasmo;
la elaborada con buril de fuego; 40
la que provoca el vívido entusiasmo
y de la patria el sentimiento ciego;
la que narra las fiestas regaladas
de los dioses helénicos vencidos,
y halaga los oídos 45
en las noches de Roma bulliciosa,
cuando el festín, sus risas desatadas,
cantando libre y delirante coro,
brilla al estruendo de las copas de oro,
bajo el techo de bóvedas doradas; 50
la estrofa añeja como rancio vino
de gotas por la luz hechas colores,
en que Horacio divino
como en gallardo búcaro de flores
hace brillar su ingenio peregrino; 55
la que de Mantua gime en los vergeles
cantada por las fuentes rumorosas
y repite el pastor enamorado
que congrega el ganado
en el idilio con dosel de rosas; 60
la que espléndida y bella se desliza
como a los hombros túnica sujeta,
es músculo y es nervio en que analiza
el sutil microscopio del poeta.

¿Qué se han hecho los dioses de otros días, 65
los dioses que las selvas custodiaron
y en las fuentes alzaron
palacios de cristal y melodías?
Ya no mira Narciso su belleza
en los espejos trémulos del lago, 70
ni atraviesa la gran naturaleza
Diana al recorrer los horizontes
que el mar azul abraza,
despertando los ecos en los montes
con sus trompas magníficas de caza. 75
Ya la flauta de Pan no se estremece
al dulce sople de la blanda siesta,
ni la ninfa del bosque se recuesta
en el lecho del agua en que se mece...
En su concha de nácar irisada, 80

no piensa en el amor, adormecida,
Venus como una estatua cincelada,
ni le sigue la escolta divertida
de tritones cercando a las nereidas
de la playa sin fin entre la bruma, 85
cuando la ondina aparta los cristales
para sacar el pecho de la espuma.
Todo lo hermoso, lo que el pecho llena
de nobles resplandores,
roto o volcado lo contempla el alma 90
por espíritus torpes en su vuelo,
que ambicionan tirar, porque son bellas,
del pabellón espléndido del cielo
para arrojar al suelo las estrellas.

Pero no basta a la razón ignara 95
su vil encono y superior destreza
para los dioses derribar del ara;
¡les sostiene la ley de la belleza!
No importan los discursos esplendentes
de frase como el número precisa; 100
a compás de sus sonos elocuentes,
muertas de risa correrán las fuentes
y los vergeles morirán de risa.
Escuchando las cláusulas hermosas,
estará con el vuelo recogido 105
parado el aire en las abiertas rosas;
pero enojado del discurso vano
reprobará los párrafos ardientes
y apóstrofes de llamas,
levantando silbidos estridentes 110
en las hojas flotantes de las ramas.

-«¡Muere el ritmo!» -dirá la voz tronante
del orador, mostrando su entereza;
y el ritmo palpitante
seguirá la canción de las canciones; 115
¡la del amor, a coro levantada
por todos los ardientes corazones!
-«¡Muere el color!» -y desde el rosa leve
de la flor del almendro, flor primera
que tímida corona 120
la dulce primavera,
hasta la rosa de matiz brillante
y oscuro terciopelo,
la escala de las tintas y colores
vibrará como canto sin sonidos, 125

y formará explosiones ideales
de tonos verdes, rojos y encendidos.

-«¡Muere la nota!» -en el feraz ramaje
que rodea las cunas de los nidos
de verde cortinaje, 130
ora sonando el canto que en la siesta
de los gárrulos pájaros se exhala;
ora en la tarde al comenzar su fiesta
formando el ruiseñor plácida escala
que es dulce voz de la nocturna orquesta, 135
ya imitando el canario en los hechizos
de su reír sonoro
rumores de granizos
en cálices de oro;
cuanto insecto a la luz zumba su nota 140
lanzando breve y prolongado grito,
y cuanto dice el céfiro a las flores,
llenarán el pentágrama infinito
de preludios, arpegios y rumores.

¡No muere, no, la santa poésía! 145
Mientras conserven lágrimas los ojos
y el humano cerebro fantasía;
mientras la cuna que columpia al niño
como al nido de pájaros la rama,
se corone de besos y cariño 150
como de chispas la radiante llama;
mientras haya unos ojos que nos miren
con promesas de amor puras y hermosas,
y en los blancos capullos donde giren
las crisálidas tiemblen y suspiren 155
por volverse doradas mariposas;
mientras forjando nubes de colores
el crepúsculo triste y angustiado
haga entreabrir los labios al suspiro,
y el resplandor que en los espacios arde 160
dibuje entre las nieblas de la tarde
rotondas de oro y templos de zafiro;
mientras haya una flor que guarde el beso
de las luces del sol, y un niño cante,
y un ósculo nos dé madre querida, 165
y haga el dolor de la existencia mofa,
entonará, como al surgir la vida,
el Universo su inmortal estrofa.

¡Mirad la cuesta del esfuerzo humano!

Por las agrias veredas que conducen 170
a su cima inmortal, del hondo llano,
sobre cráneos y lúgubres escombros
de anteriores ejércitos señales,
buscando ansiosas las triunfantes palmas,
con su mundo de anhelos en los hombros 175
Sísifos del dolor suben las almas.

En la cima elevada, genios, reyes,
celebrados poetas y pintores,
sabios artistas y apiñadas greyes,
la si en ceñida de inmortales flores, 180
os guardan la victoria
y el puesto merecido y señalado
que alcanza el fatigado
paso que lleva a la brillante gloria.

¡Sísifos de lo bello!, nada arredra 185
la fe que al triunfo aspira:
¡arriba con la piedra!,
¡arriba con la lira!

Coplas

I

Como el almendro florido
has de ser con los rigores,
si un rudo golpe recibes
suelta una lluvia de flores.

II

Antes que el sepulturero 5
haya cerrado mi caja,
echa sobre el cuerpo mío
tu mantilla sevillana.

III

Tiro un cristal contra el suelo
y se rompe en mil cristales, 10
quiero borrarte del pecho
y te miro en todas partes.

IV

Sobre su negro ataúd
daban las gotas del agua,
¡qué lejos el cementerio 15
y qué noche tan amarga!

V

A las puertas de la muerte
sentado habré de aguardarte;
no faltarás a la cita,
allí te espero, ya sabes. 20

VI

Allá en el fondo del río
cuando nada turba el agua,
palpita de las estrellas
el hormiguero de plata.

VII

Aprovecha tus abriles 25
y ama al hombre que te quiera,
mira que el invierno es largo
y corta la primavera.

VIII

Para alcanzar las estrellas
sonda el cisne la laguna; 30
en el mar de los amores
yo soy cisne y tú eres luna.

IX

A la luz de tu mirada
despido mis penas todas,
como a la luz de los astros 35
la hoja despide la sombra.

X

No soy dueño de mí mismo
ni voy donde a mí me agrada,
atado llevo el deseo 40
al hilo de tu mirada.

XI

Parecía la amapola
que ayer vi en el cementerio,
sus rojos labios que ansiaban
darme los últimos besos. 45

XII

Cuando eche mi cuerpo flores
sólo una cosa te pido,
que las pongas en el pecho
donde no pude estar vivo.

XIII

Mira qué triste está el cielo, 50
mira qué sendas tan solas,
mira con cuánta amargura
se van quejando las hojas.

XIV

Para mirar qué es la vida,
cuando estoy en mi aposento 55
con un fósforo señalo
la forma de un esqueleto.

XV

La campiña cuando sales
se inunda de luz alegre,
y las hojas de las ramas 60
baten las palmas al verte.

XVI

De dos montañas distintas
corren al mar dos arroyos,
y en el camino se juntan
para no caminar solos. 65

XVII

Tengo los ojos rendidos
de tanto mirar tu cara,
si los cierro, no es que duermen,

es tan sólo que descansan.

XVIII

Tus ojos son un delito 70
negro como las tinieblas,
y tienes para ocultarlo
bosque de pestañas negras.

XIX

De aquella peña más dura
sale el manantial alegre, 75
de un pecho con ser humano
no sale el cariño siempre.

XX

Dentro de una calavera
dejó la lluvia un espejo,
¡y en él a la media noche 80
se contemplaba un lucero!

XXI

Para formarle un collar
a tu pecho, dueño mío,
voy buscando por las ramas
los diamantes del rocío. 85

XXII

Fuera entre todas las cosas
por abrazarte temblando,
enredadera florida
de tu cuerpo de alabastro.

XXIII

Rayito fuera de luna 90
para entrar por tu ventana,
subir después por tu lecho
y platearte la cara.

XXIV

Cuando me esté retratando

en tus pupilas de fuego, 95
cierra de pronto los ojos
por ver si me coges dentro.

XXV

Dos velas tengo encendidas
en el altar de mi alma,
y en él adoro a una virgen 100
que tiene tu misma cara.

XXVI

Cuando me envuelvo en el rayo
de tus pupilas siniestras,
como terrible martillo
toda mi sangre golpea. 105

XXVII

Creyendo darlo en tu boca
he dado en el aire un beso,
y el beso ha culebreado
como una chispa de fuego.

XXVIII

Divididas en manojos 110
están tus negras pestañas,
y cuando la luz las besa
no he visto sombras más largas.

XXIX

Si quieres darme la muerte
tira donde más te agrade, 115
pero no en el corazón
porque allí llevo tu imagen.

XXX

Viviendo como tú vives
enfrente del cementerio,
qué te importa ver pasar 120
un cadáver más o menos.

XXXI

Una lápida en su pecho
pone al amar la mujer,
que en letras de luto dice:
«muerta, menos para él». 125

XXXII

A saludar a su amada
voló un dulce ruiseñor,
vio otro pájaro en su nido
y de repente murió.

XXXIII

El día de conocerte, 130
mira qué casualidad,
tu nombre estuve escribiendo
en la escarcha de un cristal.

XXXIV

En el altar de tu reja
digo una misa de amor, 135
tú eres la virgen divina
y el sacerdote soy yo.

XXXV

Yo no sé qué me sucede
desde que te di mi alma,
que cualquier senda que tomo 140
me ha de llevar a tu casa.

XXXVI

Sobre la almohada
donde duermo a solas,
¡cuántas cosas te he dicho al oído
sin que tú las oigas! 145

XXXVII

Cuando el claro día
llama a mis cristales,
desvelado me encuentra en la sombra
trazando tu imagen.

XXXVIII

Hay en tu mirada 150
yo no sé qué cosa,
que en mis fibras penetra y penetra
como espada sorda.

XXXIX

Creendo en mis sueños
poder abrazarte, 155
¡qué de veces, mi bien, he oprimido
las ondas del aire!

XL

Jugara la vida
gozando en perderla,
si a las cartas les dieran su sombra 160
tus pestañas negras.

XLI

El acento dulce
de tu voz amada,
me parece una ola de llanto
que besa las playas. 165

XLII

Cada vez que a verte voy
en tu puerta me detengo,
pues temo que la alegría
me trastorne el pensamiento.

XLIII

Sólo le pido al Eterno 170
que al despuntar cada día,
las sombras de nuestros cuerpos
sorprenda la luz unidas.

XLIV

Si fuera rayo de luna
por tus ojos penetrara, 175

y en silencio alumbraría
el sagrario de tu alma.

XLV

Quisiera tener un rizo
de tu oscura cabellera, 180
para gastarme los ojos
en sólo mirar sus hebras.

XLVI

Ya viene la primavera,
ya los pájaros se hermanan,
¡cuánto espacio entre nosotros 185
y cuán cerca nuestras almas!

XLVII

Tu desaire más ligero
pone mi pecho vibrando
como un granillo de arena
hace temblar todo un lago. 190

XLVIII

Antes de yo conocerte
soñaba que me amarías;
¡quién presta oído a los sueños,
quién de los sueños se fía!

XLIX

Cuando muerto esté en la tumba 195
toca en ella la guitarra,
y verás a mi esqueleto
alzarse para escucharla.

L

Cuando a media noche
los ramajes tiemblan, 200
el silencio interrumpen y pasan
las almas en pena.

LI

Yo hice un castillo en el aire
y a su sombra me senté;
tiró el viento el edificio, 205
y entre sus ruinas quedé.

LII

Tanto los celos me encienden
cuando a cualquier hombre hablas,
que a un impulso de mi aliento
volcaría las montañas. 210

LIII

No traigas para mí flores,
inocente primavera,
que las flores que tú traigas
han de estar para mí secas.

LIV

La Giralda de Sevilla, 215
del sol poniente alumbrada,
no despide tanta sombra
como tú de las pestañas.

LV

La vida es un tren que sale
con carga de sentimientos, 220
con parada en los amores
y fin en el cementerio.

LVI

Ciego que va por la calle
en el escollo vacila,
y mi corazón tropieza 225
en tus dos negras pupilas.

LVII

Yo besé una calavera
por si era la de mi padre,
y aquel hueso carcomido
lloró lágrimas de sangre. 230

LVIII

Cuando me miras atenta,
yo no sé lo que me sube
de los pies a la cabeza.

LIX

Cosa que mucho se mira
se dibuja en la memoria; 235
no es extraño que en mi alma
se dibuje tu persona.

LX

Cuando se apartan tus labios,
me gusta mirar tus dientes
menuditos y apretados. 240

LXI

Junto a un nicho solitario
hizo un ruiseñor su nido,
y cuentan que el esqueleto
se sentaba para oirlo.

LXII

Cuando viene el claro día 245
a llamar a mis cristales,
entre rayitos de oro
miro que flota tu imagen.

LXIII

¡Qué importa que Abril y Mayo
lleguen derramando aromas, 250
si han de ver los ojos míos
un puñal en cada rosa!

LXIV

Mira tú si el pensamiento,
llega lejos caminando,
que tengo celos terribles 255
del tiempo que no te he amado.

LXV

Entre escuadrón de pestañas
se mueven tus ojos negros,
y cada vez que me miran
parece que dicen: «¡fuego!» 260

LXVI

De tal modo te confundo
con la que está en la capilla,
que siempre al rezar exclamo:
«¡Dios te salve, amada mía!»

LXVII

Como rayos de luna 265
son tus miradas,
que acarician y alumbran,
besan, no matan.
Pero en queriendo,
son torrente de rayos, 270
ascuas y fuego.

LXVIII

Tu mirar es tan vago,
que cuando miras,
donde pones se ignora
tus dos pupilas. 275
Miras de modo,
que sin mirar a nada
lo miras todo.

LXIX

Mar adentro en tus ojos
boga mi anhelo, 280
buscando en tus entrañas
seguro puerto.
Rota mi barca,
cielo y agua descubro,
¡nunca la playa! 285

LXX

De tus pestañas negras

en las corolas,
pétalos las miradas
son, niña hermosa.
¡Quién los regara 290
con rocío de besos
cada mañana!

LXXI

Debajo de tus finas
largas pestañas,
hay rayos de luz negra 295
que muerte lanzan.
Cruja el incendio,
y en él chisporrotee
todo mi cuerpo.

LXXII

Por traidores tus ojos 300
voy a enterrarlos,
no sabes lo que cuesta,
niña, el mirarlos
Sobre su losa,
he de escribir con besos: 305
«Aquí reposan.»

LXXIII

«Aquí yacen dos ojos,
dirá en tu nicho,
dos ojos tan oscuros
como el delito. 310
Tú, caminante,
pasa pronto, no sea
que, muertos, maten.

LXXIV

Calculo que seiscientas
son tus pestañas, 315
cada pestaña negra
es una espada.
Cuando las mueves,
con seiscientas espadas,
niña, me hieres. 320

LXXV

Uno que nunca lloró
y tuvo grandes desgracias,
se enterneció el mejor día
al oír una guitarra.

LXXVI

El amor que te profeso 325
es mata de siemprevivas,
la cultivan mis recuerdos
y la riegan tus sonrisas.

LXXVII

Fuera rosa de tu pelo,
arco de vid de tu cara, 330
verde musgo de tu pie
y yedra de tu garganta.

LXXVIII

He de preguntarle a Dios
qué abismos ha colocado
entre la sed de mi boca 335
y la fuente de unos labios.

LXXIX

Hay un ser en este mundo
que no entiende que le amo;
forman su nombre ocho letras
y no puedo pronunciarlo. 340

LXXX

Yo le pregunté a una tumba
qué fue de mi amor primero,
y un ciprés me señaló
a las alturas del cielo.

LXXXI

Cuando ¡adiós! digas al mundo 345
pondré un rosal en tu fosa,
y te arrancaré a la muerte

hecha manojos de rosas.

LXXXII

He de mandar que me entierren
donde alegres niños vayan, 350
y donde una fuente pura
vierta sus ondas de plata;

Vierta sus ondas alegres,
y en derredor de las aguas,
haya flores de Galicia 355
y rosales de mi patria.

Sonetos

A una mujer

Mirarte sólo en mi ansiedad espero,
sólo a mirarte en mi ansiedad aspiro,
y más me muero cuanto más te miro
y más te miro cuanto más me muero.

El tiempo pasa por demás ligero, 5
lloro su raudó, turbulento giro,
y más te quiero cuanto más suspiro,
y más suspiro cuanto más te quiero.

Deja a tu cuello encadenar mi brazo,
y al blando son con que nos brinda el remo 10
la mar surquemos en estrecho lazo.

Ni temo al viento ni a las ondas temo,
que más me quemo cuanto más te abrazo,
y más te abrazo cuanto más me quemo.

La elocuencia

Entre escuchar los versos del poeta;
entre mirar al lienzo transportada
por el pintor, la imagen adorada
que arrebató el pincel a la paleta;

entre sentir la inspiración secreta 5
que deja al mármol el cincel grabada,
y percibir la nota delicada
que a ley divina el músico sujeta,

avara el alma de mayor tesoro,

de la elocuencia en el raudal sonoro 10
yo prefiero bañar mi fantasía;

Pues a medida que el progreso labra,
es del arte compendio, la palabra,
trova, pincel, buril y melodía.

La iglesia humana

Templo es el hombre por su Dios creado.
En el pecho, que esconde la ternura,
como en altar de rica vestidura
oficia el corazón enamorado.

En el recinto al alma consagrado 5
donde laten el bien y la ventura,
la fe predica ejemplos de dulzura
que escucha el sentimiento arrodillado.

Amor o afecto que a nacer alcanza,
en la pila que eleva la creencia 10
del bautismo recibe la alianza.

Y son, labradas por divina ciencia,
lámpara de aquel templo, la esperanza;
y columna en que estriba, la conciencia.

Resignación

Ya que insensible al son de mis clamores
truecas en llanto mi risueña vida,
y es tu pecho la roca endurecida
donde se estrella el mar de mis amores;

Ya que sin fe redoblas mis dolores 5
sin escuchar al alma dolorida,
y está en tu pecho la pasión dormida
como en invierno las divinas flores.

Deja que en lecho de pesar y abrojos
rinda a la muerte mi postrer momento, 10
deja que muera sin causarte enojos.

Pero de modo y con tan dulce intento,
que no sufran mirándome tus ojos,
mi suspire llorándome tu acento.

Ira del cielo

Sobre robustas moles de diamante
que den firmeza a sus cimientos duros,
un rey ordena levantar los muros
de altivo templo que sus glorias cante.

Piedras hacina la ambición gigante, 5
le ofrece el arte sus contornos puros,
y allá eleva sus mármoles seguros
tocando al sol su cúpula arrogante.

A Dios intenta disputar victoria,
y la absoluta y deslumbrante gloria 10
al huracán arranca su desmayo.

Suelta la tempestad, ruge imponente,
ruedan las trombas con fragor hirviente,
¡se alumbra el templo, y lo desquicia un rayo!

Estambres y pistilos

Bajo el velo del agua transparente
impregnada de rayos luminosos,
estambres y pistilos pudorosos
se citan, para amarse, en el ambiente.

Atravesando el líquido luciente 5
asómanse los tallos amorosos,
y a los himnos del viento rumorosos
los desposa la luz resplandeciente.

A la vez en las frondas escondidos,
cuántas dulces escenas misteriosas 10
entre los bosques formarán los nidos.

El lento desplegarse de las rosas,
el crujir de los granos, los latidos...
¡Oh concierto invisible de las cosas!

El entierro

Vedle pasar; en dilatada hilera
llevan el muerto a su desierta fosa,
y en pos los hombres con la faz llorosa
de lleno invaden la fatal carrera.

Como la nube al resbalar ligera 5
pasó, dejando la existencia hermosa,
cuando la llama del amor, gozosa
brindó a su pecho la ilusión primera.

Ricos brocados entre sedas lucen,
y ni el tesoro a contemplar me atrevo 10
de flores tantas que al mirar seducen.

Cuánta tersura y ornamento nuevo;
allí, un cadáver entre mil conducen;
¡aquí, yo solo mi cadáver llevo!

El cohete

Lanzose audaz a la extensión sombría;
y era al hendir el céfiro sonante,
un surtidor de fuego palpitante
que en las ondas del aire se envolvía.

Viva su luz como la luz del día 5
resplandeció en los cielos fulgurante,
cuando la luna en el azul radiante
como rosa de nieve se entreabría.

Perdióse luego su esplendor rojizo;
siguió fugaz cual raudo meteoro, 10
y al fin surgió como candente rizo.

Paró de pronto su silbar sonoro;
y tronando potente, se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro.

Grandeza de Dios

Lejos, el mar que ronco se desata;
allá el volcán y luego la espesura,
y el torrente bajando de la altura,
raudal sonoro de brillante plata.

Aquí la altiva, inmensa catarata 5
que busca hirviente la honda sepultura;
allá el lago bordando la llanura
que la alta cumbre en su cristal retrata.

Acá la tierra, abismo tenebroso;
del cielo allí desiertos infecundos, 10

y allá la selva con el bosque umbroso.

Y en mar, y en sol, y en ámbitos profundos,
y en bosque, y selva, y cielo portentoso,
¡la grandeza del ser, rey de los mundos!

El bautismo de las perlas

En la irisada cámara luciente
de la concha del mar, perla dormida
en su lecho fantástico mecida
vive bajo del agua transparente.

Las ascuas de coral, gruta esplendente 5
dan a la blanca perla adormecida,
y la de seres pléyade bruñida
cruza en nave de escamas la corriente.

Bajo el velo del agua que se riza,
abre la concha el seno que blanquea 10
y la mágica perla se matiza.

Hiende entonces la luna la marea;
en su propio sagrario la bautiza,
y el camarín de nácares platea.

El circo moderno

En las gradas, la gente luce y brilla;
rueda la luz en cataratas de oro,
y al son vibrante del clarín sonoro
sale en marcha la espléndida cuadrilla.

La muchedumbre gárrula y sencilla 5
apostrofa y blasfema sin decoro,
y en entusiasta y resonante coro
ante el valor doblega la rodilla.

Se abre la puerta, que al girar resuena;
enmudece un instante el sordo ruido, 10
y la fiera por fin surge serena.

Clava la vista en el jinete erguido,
resuella, parte, lánzalo a la arena,
¡y ansioso aplaude el pueblo enardecido!

La risa

Rasgó el Oriente su crespón sombrío,
vistiose el cielo con la luz primera,
y se ciñó la alegre primavera
su túnica de gotas de rocío.

Lanzó de sí con pertinaz desvío 5
sus legiones de sombras la ladera,
pasó cantando el aura pasajera,
templó su lira de cristal el río.

Rodó en su carro el alba seductora,
sus ejes de oro reprimió indecisa 10
y alzó la alondra su canción sonora.

El sol subió como en ligera brisa,
y al rojo beso que le dio la aurora,
batió las alas, y nació la risa.

A una altura

Al genio semejante, nunca sientes,
¡oh altura prodigiosa!, al elevarte,
saciada tu ambición de remontarte
de otros montes sin fin bajo las frentes.

Como el hombre, ni admites ni consientes 5
alturas que se atrevan a mirarte;
pero del mundo en lo que forma parte
siempre hay crestas más altas y eminentes.

Cuando la luz tu cumbre tornasole,
no con orgullo y altivez te sientas, 10
ni cuando el sol tu túnica arrebole;

Que si torres y cúpulas afrentas,
pasan por cima de tu inmensa mole
¡rayos, águilas, nubes y tormentas!

A dormir

Rendida por la lucha y la fatiga
de acarrear el generoso grano,
hacia su cueva por el tallo ufano
regresa, deteniéndose, la hormiga.

Bajo la mata de la verde ortiga 5
canta el grillo su trova de verano,

zumba el mosquito con sonido vano
junto a la cepa que su cama abriga.

Sobre el lago, la flor observa el cielo
retratado en el círculo tranquilo, 10
el murciélago aturde con su vuelo.

Y cambiando de ramas y de asilo,
de la punta del álamo hasta el suelo
se descuelga la araña por el hilo...

.....

Psicología y óptica

Fínjome en mi constante devaneo
mientras el sueño embarga mi sentido,
que arrebatado vuelo hasta tu nido
en las alas de luz de mi deseo.

Verdad creyendo lo que en sueños veo 5
el corazón redobla su latido,
y en éxtasis de amor embebecido
que te aprisiono entre mis brazos creo.

Loco en mis redes al sentirte presa,
despertando a los ecos matinales 10
beso el ambiente en que te juzgo impresa.

Y expiran tus contornos ideales,
en un rayo del día que atraviesa
como espada de luz por mis cristales.

Retrato de la marquesa De dos hermanas

Ojos azules; boca sonrosada
nido de la oración y la armonía;
seno gentil, que ufano desafía
el de Venus por Grecia celebrada.

Torrentes de pasión en la mirada; 5
en los contornos rasgos de poesía;
cabellera brillante como el día,
que resplandece en rubia llamarada.

Mano ideal que todo lo embellece;

cuerpo, rico sostén de la fortuna, 10
y mejilla de rosa que amanece.

No falta a su poder gracia ninguna;
y es tan dulce y tan blanca, que parece
que a través de su ser pasa la luna.

El copo

Tíñese el mar de azul y de escarlata,
el sol alumbra su cristal sereno,
y circulan los peces por su seno
como ligeras góndolas de plata.

La multitud que alegre se desata 5
corre a la playa, de las ondas freno,
y el pescador a la pereza ajeno
la malla coge que cautiva y mata.

En torno de él la muchedumbre grita,
que alborozada sin cesar se agita 10
doquier fijando la insegura huella.

Y son portento de belleza suma,
la red, que sale de la blanca espuma,
y el pez, que tiembla prisionero en ella.

Máquinas

Por invisible máquina movido
va midiendo el reloj el tiempo alado,
igual que con latido acompasado
le mide el corazón enardecido.

Queda el reloj un punto detenido, 5
el corazón un punto acongojado,
y prosiguen los dos grado por grado
contestando latido con latido.

La oculta fuerza que al reloj va unida,
la fuerza iguala que en el hombre mora, 10
uno y otro la llevan escondida.

Y cuando al fin la fuerza se evapora,
para en la esfera mundanal la vida,
como en la esfera del reloj la hora.

A una máscara

¿A qué escondes la faz tersa y brillante
bajo el pálido tul del ancho velo?,
¿podrá sus tintas disipar el cielo
porque oculten las nubes su semblante?

Deja latir tu seno palpitante 5
que atormentan la duda y el recelo,
y grite el corazón sin desconsuelo
lo que le niegas al fingirte amante.

Me hablas de gratitud y de inocencia,
y ni un punto de infamias me has hablado, 10
te conozco, Mujer, nula es tu ciencia.

Con tu propio fingir te has revelado;
¡que así como no hay juez cual la conciencia
tampoco hay delator como el pecado!

A media noche

Bate el remo con golpe soñoliento
las cristalinas lágrimas del lago;
en el ramaje misterioso y vago
cuelga su lira el perezoso viento.

Besa el río callado y macilento 5
las dormidas riberas con halago,
y la fronda confusa ofrece en pago
desmayado dosel a su elemento.

Todo duerme; los astros que declinan,
los torrentes, las selvas, las cascadas, 10
los mares que en las playas se reclinan.

¡Y allá sobre las tumbas olvidadas,
los sauces melancólicos se inclinan
dando extrañas y lentas cabezadas!

Desaliento

Si en el hueco que forma nuestra mano
de César cabe la ceniza leve,
y un orbe roto a derrumbar se atreve
la inmensa gloria del ingenio humano;

Si la grandeza del poder romano 5
se desvanece como sueño breve,
y el hombre avanza en su infortunio aleve
encerrando en sí mismo su tirano,

No fatigues ¡oh ciencia!, tu energía
en prolongar del corazón despierto 10
la fatigosa y bárbara agonía.

A qué alargar nuestro destino incierto,
¡si las mismas pirámides un día
en polvo rodarán por el desierto!

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

